

## EL PROFETISMO DE LOS POBRES

Roberto Oliveros Maqueo SJ

### Preámbulo

Dios llama y convida a toda la humanidad a su proyecto de vida, de un modo especial, por los profetas. La realidad del profetismo de los pobres en la historia, y en ellos, el del sacramento de la Iglesia de los pobres, es un tema muy iluminador y amplio. Me limitaré a tomar y recordar los aspectos fundamentales del sujeto y la misión profética, a la luz del mensaje bíblico, y espero que sea con claridad y brevedad. Por ello, quizá pueda aparecer un poco esquemático. Dejo al trabajo de los grupos el enriquecimiento de los aspectos que presento y otros que parezcan oportunos.

1. Dios eligió el llamarnos a convertirnos a su Reino, de un modo especial, por los profetas

El Espíritu del Señor sopla donde quiere y como quiere. Dios se nos manifiesta en la historia de muchas y variadas maneras. Dios nos habla, por ejemplo, en la naturaleza, en la oración, en la Sagrada Escritura, en las señales de los tiempos, en los pobres, y de un modo pleno nos habla, esclarece y realiza su proyecto salvífico y liberador en Jesucristo (Hb 1,1). Ahora bien, en la Sagrada Escritura se nos presenta con claridad (posteriormente es desarrollado el tema, a lo largo de la historia, por los teólogos), que el Señor nos habla, de un modo especial, por los profetas. Por ello, Jesús de Nazaret, el revelador del misterio salvífico, es reconocido por los que lo escucharon y conocieron las señales que realizaba, como un gran profeta (Lc 7,16; Mc 6,28; 6,4) Es, pues un rasgo esencial y característico en la historia de Israel y del Nuevo Testamento, que Dios escogió hablarnos y llamarnos a convertirnos al Reino de la fraternidad, de un modo especial, entre otros modos como nos habla, por medio de los profetas.

2. El profetismo bíblico encuentra su culmen y prototipo en el siervo pobre y sufriente de Yahvé (sujeto personal y colectivo)

¿Quién son los profetas? ¿A quién el Señor elige para la misión profética? Es en la historia de Israel y del Nuevo Testamento, donde aprendemos a quién el Señor elige y envía como profeta ( a esta luz se ilumina también el hablar y la acción de Dios en todos los otros pueblos y culturas). Ahora bien, el sujeto, elegido y enviado por Dios como su profeta, es presentado y llega a su cumbre en el cauce y la figura del Siervo Pobre y Sufriente de Yahvé, como nos lo muestra especialmente Isaías, en los cuatro famosos cánticos que recogen la figura y misión del siervo (Is 42, 1-4; 49,1-6; 50,4-9; 52,13-53,1-12). En el segundo cántico se nos dice:

“¡Escúchenme las islas, atiendan los pueblos lejanos! Yahvé desde el seno materno me llamó; desde las entrañas de mi madre recordó mi nombre. Hizo de mi boca, como espada afilada, en la sombra de su mano me escondió. Me dijo, tú eres mi siervo, Israel, en quien me gloriaré. Pues yo decía: por poco me he fatigado, en vano e inútilmente mi vigor he gastado. ¿De veras que Yahvé se ocupa de mi causa, y mi Dios de mi trabajo? Mas yo era glorificado a los ojos de Yahvé, mi Dios era mi fuerza. Ahora, pues dice Yahvé: . . . te voy a poner por luz de las gentes, para que mi salvación alcance hasta los confines de la tierra” (Is 49, 1-6).

Como los exegetas y especialistas en Biblia y profetismo indican, el siervo pobre y sufriente de Yahvé, se refiere tanto a un sujeto personal, el Mesías profético y salvador, como a un sujeto colectivo, el pueblo de Dios. Y en este sujeto colectivo, se encuentra también en las comunidades fermento, “el pequeño resto profético de Israel”, como nos enseña el profeta Sofonías:

“Aquel día no tendrás ya que avergonzarte de todas tus rebeldías con que te rebelaste contra Mí, porque entonces quitaré Yo de tu seno a tus alegres orgullosos, y no volverás a engreirte en mi santo monte. Yo dejaré, en medio de ti, un pueblo humilde y pobre, y en el nombre de Yahvé, se cobijará el resto de Israel” (Sof 3,11-13).

Así pues, el sujeto profético, tanto personal, como colectivo ( y este ya sea el pueblo pobre en su conjunto, o el pequeño resto), es presencia salvífica del siervo pobre y sufriente. Con los pobres de la tierra y su justicia está Dios. Dios está continuamente defendiendo y luchando la causa justa de los pobres, como nos lo manifiesta por el profeta Amos:

“¡Ay de ustedes, que transforman las leyes en algo tan amargo como el ajeno y tiran por el suelo la justicia! Ustedes odian al que defiende lo justo en el tribunal y aborrecen al que dice la verdad” (Am 5,10).

Y poco después proclama:

“A ustedes me dirijo, explotadores del pobre, que quisieran hacer desaparecer a los humildes: ¿no son ustedes los que dicen, cuándo terminará el sábado para que podamos vender nuestro trigo, abrir nuestras bodegas de cereales, pues nos irá tan bien que venderemos hasta el desecho? Ustedes sólo piensan en robarle al kilo, o en cobrar de más, usando balanzas mal calibradas. Ustedes juegan con la vida del pobre y del miserable por algún poco de dinero o por un par de sandalias” (4-6)

E Isaías nos grita lo que es agradable al Señor:

“¿No saben cuál es el ayuno agradable al Señor? Romper las cadenas injustas, desatar las amarras del yugo, dejar libres a los oprimidos y romper toda clase de yugo. Compartirás tu pan con el hambriento, los pobres sin techo entrarán a tu casa, vestirás al que veas desnudo y no volverás la espalda a tu hermano. Entonces, tu luz surgirá como la aurora y tus heridas sanarán rápidamente. Tu recto obrar marchará delante de ti y la gloria de Yahvé te seguirá por detrás. Entonces, si llamas a Yahvé responderá. Cuando lo llares, dirá: aquí estoy” (Is 58, 6-9).

Ahora bien, en Jesús llega a su cumbre el modo profético como Dios nos habla y por ello la multitud expresó asombrada, delante de su hablar y actuar: “nunca hemos visto cosa parecida” (Mc 2,11). Y es Jesús el que lleva a plenitud la presencia y misión del siervo pobre y sufriente en nuestra humanidad, como los evangelistas nos lo muestran en su Vida, Cruz y Resurrección (Lc 24,25-27). En el Nuevo Testamento se nos enseña que el Verbo Encarnado, Jesús de Nazaret, nació, vivió y murió como pobre, y no sólo ello, sino que padeció hasta la Cruz por la obediencia al Padre y su Reino de libertad, justicia y amor (Fil 2, 6-11). Ese es el único Camino a la Vida y la Verdad (Jn 14, 6). Y por ello, ese es también el Camino de su pueblo y los pobres de la tierra, sujeto colectivo del siervo de Dios. Es redundante, pero es la verdad, que son los pobres los

que cargan con los sufrimientos de la pobreza y los propios de la lucha por la justicia y la paz del Reino fraterno y justo del Padre. Pero ultimadamente es Dios quien elige a los pobres (sociales y de corazón) como sujetos de ese profetismo: “Felices los pobres, porque de ustedes es el Reino de Dios; felices los que tiene hambre, porque serán satisfechos...” (Lc 6, 20-21); “Felices los que tienen espíritu de pobre, porque de ellos es el Reino de los cielos (Mt 5, 3).

Como nos explican los exegetas, Lucas subraya la realidad de la predilección de Dios por los pobres, mientras Mateo lo complementa al indicar que el ser un pobre agradable a Dios, no sólo es el pobre social o cuestión de clase, sino también el pobre de espíritu, el cual recoge y expresa la Iglesia en aquel que hace y vive la evangélica opción preferencial por los pobres. Lucas y Mateo nos muestran la sintonía y armonía de la predilección de Dios por los pobres (no por su moralidad, sino por el amor compasivo de Dios, como bien aclara Gustavo Gutiérrez), con aquellos que de corazón asumen su causa, o sea, aquellos que en la historia asumen la evangélica opción por los pobres entre los que podemos enumerar: pobres conscientes y comprometidos; personas de clases sociales favorecidas, personas con formación profesional, intelectuales orgánicos, etc. Jesús probó y alabó al centurión romano, a Zaqueo; y a El se convirtieron José de Arimatea y el mismo Nicodemo. En el grupo apostólico primitivo, resalta la armonía y fuerza que dieron a la misión evangelizadora, Pedro y sus compañeros pescadores pobres, y Pablo con San Lucas, que gozaron de recursos y amplia formación. En la tradición cristiana, son muchos los ejemplos, baste recordar el de las reducciones del Paraguay, y la sintonía para llevar adelante pueblos y comunidades fraternas, entre los indígenas guaraníes y tupís, con los bien estudiados jesuitas. En el caminar actual de la Iglesia de los pobres, vemos esta rica comunión, donde los pobres reciben y por los cuales somos evangelizados, como expresó desde su propia experiencia monseñor Romero, y a su vez, cómo en él encontraron una voz que clamara a favor de sus derechos y su justicia.

También conviene hacer notar que Jesús, a ese su pequeño resto profético de personas pobres, al interior del pueblo pobre, a esa su pequeña comunidad de discípulos y discípulas, les aclara y confirma que El es quien los ha elegido:

“Ustedes no me escogieron a Mí. Soy Yo quien los escogí a ustedes y los he puesto para que produzcan fruto y ese fruto permanezca. Entonces, todo lo que pidan al Padre en mi nombre, se los dará. Yo les ordeno esto: que se amen unos a los otros” (Jn 15,16-17).

Son los pobres, ya sea en personas o en colectivo, ya sea sociales o de espíritu, los elegidos por Dios como portadores proféticos del Evangelio. Lo anterior explica el por qué también Jesús, claramente y con vigor, nos enseñó que no son los ricos y poderosos los portadores del profetismo verdadero y salvífico (Lc 6, 24-26). Su camino es opuesto y da la espalda al siervo pobre y sufriente. Su corazón y práctica está en el buscar y acumular riquezas y el disfrutar placeres y comodidades continuamente. Su opción vital no es servir, especialmente a los pobres, sino es el servirse, el aprovecharse de los otros. Pero no contentos con esto, además, gustan de ser alabados, de escuchar que su vida y camino está bien, es más, que es agradable al mismo Dios. Y para ello consiguen, pagan y apoyan a los falsos profetas para que engañen al pueblo, para que pongan sus talentos al servicio de los imperios y poderosos del momento (Jer 23, 9-40):

“Esto dice Yahvé: no escuchen las palabras de estos profetas, porque los engañan contándoles las visiones de su propia imaginación y no lo que sale de la boca de Yahvé. A aquellos que desprecian la palabra de Yahvé les aseguran que tendrán paz y a todos los que siguen sus caprichos de su corazón que ninguna desgracia les va a suceder. Pero ¿quién de ellos ha asistido a una reunión con Yahvé? ¿Quién ha visto y oído su palabra? ¿Quién se ha fijado en sus palabras para trasmitirlas” (Jer 23,16-18).

Jesús denomina de lobos rapaces a los falsos profetas (Mt 7,15-20). El Nuevo Testamento nos subraya que Jesús es la Cabeza de la Iglesia, y que todos nosotros somos su Cuerpo (I Cor 12,12-17), El es la vid y nosotros los sarmientos (Jn 15,1-8). Como Cuerpo de Cristo, sujeto colectivo, sabemos que tenemos la misma misión profética que Jesús.

Como hemos indicado, pero conviene desarrollar, el sujeto profético, personal y colectivo, del siervo pobre y sufriente, se encarna en tres formas, en esta nuestra historia humana de gracia y pecado:

+ El siervo se encarna en personas concretas. Basta recordar los profetas del Antiguo Testamento: Elías, Eliseo, Jeremías, Isaías, Amos, etc. En el Nuevo Testamento se nos presenta a Simeón, a Ana, Juan el Bautista, etc. Y el Señor sigue enviando profetas a todo lo largo de la historia, y en nuestro momento reciente los encontramos en personas como Monseñor Romero, como Dom Helder Cámara, como Don Sergio Méndez Arceo, y más allá de las fronteras de la Iglesia, en profetas como Luther King, o Gandhi, etc.

+ El siervo se encarna en comunidades fermento, de importante significación y misión a los ojos de Dios. Basta recordar, en el Antiguo Testamento, “el pequeño resto” (Sof 3,11-13), o en el Nuevo Testamento “la semilla de mostaza” (Mt 13, 31-32). Aquí es claro que se inscriben las CEB, una minoría escogida para ser fermento, para ser sal, para ser luz (Mt 5, 13-16).

+ El siervo se encarna, en el pueblo pobre, en los pobres de la Tierra (Ap 7,9-17) y por ellos llama a la conversión al Reino del amor y fraternidad, y a la vez en ellos juzga el mundo (Mt 25,31-46). Por ello, la Iglesia, sacramento del Reino en la historia, está llamada a ser la Iglesia de los pobres.

Así pues, Dios se nos revela en la Biblia, y en la historia humana santa y pecadora, como un Dios que nos llama y habla proféticamente por medio de personas, pequeñas comunidades fermento, y los pobres de la Tierra, en los cuales se encarna y trasparenta el profetismo del siervo pobre y sufriente de Yahvé.

3. El fundamento del profetismo de los pobres, siervo pobre y sufriente de Yahvé en la historia, es su comunión e intimidad con el Dios verdadero y la sabiduría y conocimiento de su pueblo.

El profeta, siervo pobre y sufriente de Dios, se distingue y es reconocido por ser un hombre o mujer, o un pueblo, de gran intimidad con Dios:

“Pero tú Israel, eres mi siervo. Yo te elegí, pueblo de Jacob, raza de Abraham mi amigo. Yo te traje de los confines de la tierra y te llamé de las regiones más lejanas, diciéndote: tú eres mi servidor, yo te elegí y no te rechacé...” (Is 41,8-9).

El profeta es poseído por Dios, es un amigo de Dios y por ello, al que Dios habla y se comunica de manera muy especial (Jer 1,4-10; Is 6,1-6; Mc 1,9-11; 9,2-8):

“Entonces Yahvé mi dirigió su palabra: antes de formarte en el seno de tu madre, ya te conocía; antes de que tú nacieras, yo te consagré y te destiné a ser profeta de las naciones” (Jer 1,4-5).

El profeta es un seducido por Dios y su mensaje: “Me has seducido, Yahvé, y me dejé seducir por Ti” (Jer 20,7). El profeta es iluminado y recibe fortaleza por Dios, a fin de proclamar su palabra (Is 49,1-4). Esta comunión llega a su plenitud en Jesucristo, el Hijo amado del Padre (Jn 10,30).

El profeta, cualquiera sea la forma que se nos presente, como humano que es, no sólo tiene limitaciones, debilidades, sino aun pecados, excepto Jesucristo (Hb 4,15-16). Ciertamente en el profeta, amigo de Dios, prevalece con mucho la vida evangélica, el trigo, pero en 100%, sólo en Jesús y María. Bien diferente los malvados que han apartado su corazón del amor, en los cuales prevalece con mucho el mal, la cizaña. En cada época, los contemporáneos de los profetas, los reconocen por su profunda comunión y amistad con Dios y a la vez saben que no son todavía perfectos y tienen sus debilidades. Jeremías nos dejó testimonio de su debilidad, de su flaqueza, y el amor del Señor que lo levantaba:

“La palabra de Yahvé me significa mofa e insultos cada día. Por eso, decidí no recordar más a Yahvé, ni hablar más de parte de El. Pero sentí en mí algo así como un fuego ardiente aprisionado en mis huesos, y aunque trataba de apagarlo, no podía” (Jer 20,8-9).

Asimismo, el profeta es un hombre o mujer de su tiempo, de su pueblo, de su contexto histórico. El profeta está enraizado en su pueblo y cultura. El profeta es un hombre o mujer del pueblo y como sujeto colectivo, es el mismo pueblo. El profeta vibra con las alegrías y sufrimientos de su pueblo. Es un apasionado por su pueblo, y por ello lucha intensamente para que sea fiel al camino del Señor, el camino de la justicia y la felicidad verdaderas. Por ello, el profeta personal, el pueblo profeta, a la luz de Dios y el conocimiento y discernimiento de su realidad, ofrece con claridad y firmeza el mensaje del Reino y lo que implica en ese determinado contexto histórico.

Así pues, la misión profética no se realiza, ni puede realizarse, sin esa profunda comunión con Dios y su proyecto del Reino, y el conocimiento sabio de su contexto histórico, de la vida de su pueblo. Podemos ahora constatar esta verdad en las varias formas como se encarna el profetismo:

+ en personas concretas: Jesús gozó de una maravillosa comunión e intimidad con Dios (Lc 11, 1-4; Mc 9, 2-8). Y a la vez fue un hombre de su pueblo al que conocía profundamente (Mc 6, 1-3; Mt 5, 20-48). Lo mismo podemos decir, en el Antiguo Testamento de los grandes profetas como Isaías, Jeremías, Ezequiel. Y esto es válido a lo largo de toda la historia y por ello también en nuestro tiempo. Por ejemplo, lo vemos en Mons Romero; en Casaldaliga, y aun en no católicos elegidos por el Señor, como Luther King, o Gandhi, personas de grande y profunda intimidad y amistad con Dios, y a la vez, profundamente enraizados en la realidad de su pueblo.

+ en comunidades pequeñas: en el NT es reconocido que el grupo minoritario de los pobres de Yahvé eran de gran intimidad con Dios y conocimiento de las necesidades de su pueblo. En el AT, por ejemplo, ese núcleo fiel, pequeño resto, que padeció el exilio en Babilonia, cuidaba de su comunión con el verdadero Dios y buscaba caminos para su liberación (Esdras 1, 1-6). Y en el presente, en medio de nuestra sociedad individualista y egoísta, aparecen las CEBs con su hambre y sed de Dios, a la vez que en continuo esfuerzo de conocer y analizar la realidad.

+ los pobres de la Tierra: Jesús manifestó claramente cómo Dios vive y comulga con ellos: “Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la Tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y prudentes y se las has revelado a los pequeños” (Mt 11,25). Y “curiosamente” a esos pequeños, los pobres de la Tierra, a los que se les negó oportunidad de años de estudio escolar, tienen una profunda comunión con Dios y están enraizados en la realidad lastimada de la problemática social de nuestros pueblos.

Hemos recordado y aclarado cómo Dios ha escogido hablarnos proféticamente y quién es el sujeto donde se encarna dicho profetismo, en sus tres formas, podemos ahora analizar y gozar, a la luz de la Sagrada Escritura, la misión del profeta, del profetismo del siervo pobre y sufriente de Yahvé. Son tres las dimensiones fundamentales que entraña y exige la misión del profeta Dios, que es Padre-Hijo- Espíritu Santo:

- el profetismo de los pobres en la dimensión del que recibe y proclama la Palabra de Dios

- el profetismo de los pobres en la dimensión del que colabora significativamente en la construcción del Reino del Padre, y por ello, diseñador y constructor de alternativas históricas delante del imperio en turno.

- el profetismo de los pobres en la dimensión de la “suerte pascual de los profetas”

#### 4. La misión del profetismo de los pobres en la dimensión de recibir y proclamar la Palabra de Dios

Esta historia no es el limbo de los niños, ni el cielo, ni el infierno. Nuestra historia humana conlleva muchos momentos y épocas de alegría, de tranquilidad, de crecer, y también conlleva sufrimientos, injusticias, atropellos. Es obvio que a nuestro alrededor y en nosotros mismos existe el bien y el mal, la verdad y la mentira. Ordinariamente nadie se presenta como mentiroso, sino por el contrario, tanto en lo económico, en lo político, en la religión, todos se presentan como portadores de la verdad, del bien, de lo positivo. Y a los que no están con ellos, los fulminan diciendo que están en el eje del mal o cosa similar. La historia nos muestra, en sus diversas etapas, que es parte de nuestra condición histórica estar en esta diversidad de opiniones, ofertas, etc, y que conducen, o pueden llevar al escepticismo ilustrado, o a confusiones muy perjudiciales, o a buscar huidas de la realidad. En estas circunstancias aparece la grande necesidad del servicio y discernimiento de los profetas. Por ello oramos asiduamente al Señor que nos mande profetas. Y nos los manda continuamente, pues Dios es fiel.

El profeta, en esta perspectiva, es la persona o colectivo humano que anuncia con claridad y firmeza lo que es el Reino y su Camino, y a la vez, denuncia y desenmascara, con claridad y firmeza lo que no es el Reino y no conduce a él. Son los profetas la

conciencia del Reino en medio de los pueblos, son la memoria de la Ley del Señor, son los que hablan la Verdad de Dios. En medio de la confusión propia de nuestra historia humana, el profeta aparece profundamente enraizado en la Verdad. Así pues, el profeta, sea el hombre o mujer, pequeña comunidad, el pueblo pobre tiene por misión discernir y proclamar con grande libertad y claridad el anuncio del Reino y la denuncia del antireino.

Podemos verificar esta dimensión de la misión del profeta, en sus formas concretas de encarnarse, aunque sea en unos pocos ejemplos:

+ en personas concretas: el AT, Amós proclama con claridad lo que es del agrado de Dios y lo que no es de su agrado (Amos 5,14-24). Isaías subraya el amor de Dios por los pobres y la justicia, y previene de los engaños de desviaciones religiosas (Is 57,15-21). Jeremías llama la atención a los malos pastores (Jer 23,1-6). Y Miqueas nos recuerda lo que es del agrado del Señor: “ya se te ha dicho, hombre, lo que es bueno y lo que el Señor te exige: tan solo que practiques la justicia, que ames con ternura, y te comportes humildemente con tu Dios” (Miq 6,8). Y sobre todo, Jesús, el gran profeta del Reino del Padre, con gozo y firmeza, proclama que el Reino de Dios ha llegado (Mc 1,15). El nos enseña la espiritualidad que tipifica y caracteriza a los que lo reciben (Mt 5, 1-12) y el cómo se va realizando el Reino en la historia (Mt 13); el cómo todos somos hermanos, hijos e hijas de un mismo Padre (Mt 6,9-13; 23,8-12) Y a la vez, denuncia y desenmascara a los que obstaculizan, con sus engaños y falsedades, lo que es el Reino y su recepción (Mt 23,13-39). Son los maestros que forman la conciencia del pueblo de Dios.

+ en las comunidades fermento, su conciencia de la realidad y del plan de Dios y su organización facilitan la proclamación de la verdad en su contexto. Basta recordar la fuerza convocadora y de rechazo a las políticas mentirosas del Imperio Romano, por las primitivas comunidades, verdaderas comunidades fermento. Y en estos años, en nuestros pueblos, las CEBs con su vida y palabra han recogido y proclamado el amor de Dios por la justicia y su denuncia de la injusticia y la violencia institucionalizadas. Reconocen los obispos que ellas “constituyen motivo de alegría y esperanza para la Iglesia” (Pue,96).

+ los pobres de la Tierra, siervo pobre y sufriente de Dios, son “los predilectos de Dios”, presencia y anuncio de otro tiempo mejor. El pueblo pobre, es palabra sonora y viva, delante de los poderosos del mundo y sus falsos profetas, que la justicia y la fraternidad todavía no son realidad; los millones de pobres actuales son denuncia abierta del fracaso y mentira de los proyectos injustos y excluyentes. La actual existencia masiva de los pobres, de sus sufrimientos y muerte antes de tiempo, es un clamor que grita la insultante injusticia de nuestro sistema social. Los pobres del mundo nos denuncian que no son las palabras y “buenos deseos” los que cambian la realidad egoísta. Las injusticias que viven desde su nacimiento, nos denuncian y recuerdan que Jesús fue crucificado por “la bondad de los buenos” y no por los delincuentes. Las guerras que promueve el imperio actual, las quiere vestir de obra agradable a Dios, de obra a favor de la paz. Bien dijo el Papa Juan Pablo II, que toda guerra es un fracaso de la humanidad: los miles y miles de inocentes muertos son la verdad sobre las que se fundan esas palabras y desenmascaran la mentira de sus autores y sus falsas palabras de paz.

## 5. La misión del profetismo de los pobres, en su dimensión de la construcción de un mundo mejor

Ciertamente los profetas bíblicos fueron la conciencia del proyecto fraternal de Dios en Israel, el cual anunciaron y denunciaron en sus respectivos contextos históricos. Pero su profetismo no se redujo a la proclamación de la Verdad, y la denuncia de la mentira y sus máscaras, sino dicha conciencia los impulsó a promover apasionada e inteligentemente la construcción de una sociedad fraterna y justa. El profetismo verdadero lleva a suscitar nuevas formas de sociedad, lleva a la elaboración y realización de la construcción de sociedades más próximas al mensaje del Reino del Padre. Esto lo podemos constatar en el sujeto profético, en el siervo pobre y sufriente, en las varias formas como se encarna:

+ en personas concretas: Basta recordar a Moisés, reconocido como el profeta originante del Pueblo de Israel. Moisés no sólo ayudó a rehacer la conciencia de su pueblo, por su palabra de anuncio y denuncia de la Tierra prometida, sino ayudó a organizar, impulsar, y ejecutar el éxodo de Egipto hacia una nueva forma de vida fraterna y justa para su pueblo. Fue el profetismo de Moisés, decisivo para escapar de la esclavitud de Egipto, y lograr la libertad y nuevos horizontes, pasando por el desierto. También conviene hacer memoria del profeta Ezequiel y su lucha por la superación del destierro en Babilonia. Y sobre todo, el Señor Jesús, no sólo iluminó nuestra conciencia de forma impensable, que somos en verdad hijos e hijas de Dios, sino con su entrega en la Cruz y la Resurrección nos liberó de la raíz de toda esclavitud, que es el pecado y nos comunicó la vida nueva en el Espíritu. Y Jesús, en su contexto histórico, construyó y proyecto a todos los pueblos y naciones, a su comunidad de discípulos y discípulas, semilla de mostaza de fraternidad y justicia (Mt 28,16-20). Y en el hoy, nuevamente recordamos a Dom Helder Cámara que ayudó a su pueblo a la superación de la dictadura militar en el Brasil, o un monseñor Proaño que ayudó decisivamente a la recuperación de la identidad y cultura de los pueblos indios del Ecuador.

+ en las comunidades fermento: aquellas 12 pequeñas tribus, verdaderas pequeñas comunidades fermento, construyeron la anfictionía, la cual fue un ejemplo de vida fraterna y justa durante 200 años. Y qué decir de las primitivas comunidades que construyeron una red fraterna, desde los pobres de la tierra, verdadera alternativa para el prepotente y discriminador imperio romano. Se unen las CEBs, a esta larga tradición profética que vive en medio de los imperios, los cuales se levantan y desaparecen en la historia. Las CEBs, además de ser palabra y conciencia de la fraternidad, son un esfuerzo de vivir una alternativa socio-ecclesial que manifieste en el hoy que “otro mundo es posible”. Un otro mundo cimentado en los valores y actitudes del Reino, y por ello, donde sus instituciones, leyes, costumbres, impulsen la fraternidad y la justicia para todos, en particular para los pobres y excluidos. El trabajo de hormiguita y vida de las CEBs se esfuerza en hacer presente que Dios es Padre nuestro, y que por lo tanto, que es posible que el pan sea nuestro.

+ los pobres de la tierra, el pueblo pobre y sufriente, es cuidado e impulsado por Dios para conservar la memoria del Reino, la memoria de un mundo justo y fraterno. Y no sólo esto, sino es constructor incansable, lleno de esperanza, de proyectos que miran hacia un mundo mejor ¿Qué hubiera podido hacer Moisés sólo, sin un pueblo que lo apoyara y retroalimentara? Moisés no salió solitario al desierto. En los pobres encontró el pueblo que sintonizaba y deseaba ardientemente la llegada de tiempos mejores. Así



mismo, Jesús, en aquellas multitudes que se agolpaban a su alrededor, como ovejas sin pastor, encontró un pueblo con hambre y sed de tiempos nuevos (Mc 6, 33-34). El cristianismo y su alternativa histórica, desde y con los pobres de la tierra, llenó el imperio romano, aun en la misma ciudad de Roma, donde florecieron vitales comunidades cristianas. En el actual contexto histórico, a modo de ejemplo, conviene mencionar, cómo en el reciente Foro Social Mundial realizado en la India, se dieron impresionantes manifestaciones de muchos miles de pobres que manifestaron su rechazo al injusto sistema neoliberal actual, su rechazo al sistema discriminatorio de castas, y su disposición de caminar hacia un mundo mejor. Y estas manifestaciones, sabemos que se extienden y verifican por todos nuestros pueblos empobrecidos. La gestación de los mundos nuevos, no viene de los ricos y satisfechos en el actual sistema social, sino de los sufridos, de los que padecen hambre e injusticia y se entregan a la construcción de una sociedad que supere el egoísmo y violencia del sistema actual. Es hoy una vivencia muy clara de este profetismo, el mayor movimiento social del Brasil: el movimiento de los sin tierra. Desde ellos y con ellos se va luchando para la puesta en marcha de una seria reforma agraria. Y a ellos se unen otros fuertes movimientos de los pobres de la tierra, como son el de los “sin techo”, el de los pueblos indígenas y su intenso trabajo por la reivindicación de su tierra y derechos, el de los afrodescendientes. Son ellos y sintonizando y luchando con ellos, hombres y mujeres profesionales, intelectuales, líderes comprometidos, etc, que viven la opción por los pobres, van elaborando y luchando por lo nuevo en el mundo. Es desde este pueblo profético que se ofrecen las propuestas y alternativas que ayudan a superar injusticias y marginaciones provocadas por el actual sistema social.

##### 5. El profetismo de los pobres, “y su suerte pascual”

La propuesta que ofrecen los profetas en medio de nuestras sociedades e imperios, tiene la verdad, la frescura, la belleza que emanan de la búsqueda del Reino del Padre en la historia. Esta propuesta es acogida y recibida con gusto y esperanza por los pobres y todos los hombres y mujeres de buena voluntad. Pero dicha propuesta, como la historia humana enseña, es rechazada por los poderosos y sus aliados del momento. Simplemente, los pobres y sus justas propuestas no son bienvenidas; y no simplemente colocan bardas y perros bravos en sus grandes bancos y latifundios, sino buscan eliminar, ya sea con delicadeza, ya sea con brutalidad, según las circunstancias, a los profetas. Esta realidad, aun ha sido fuente de algunos dichos populares: “el que se mete de profeta...”. Vamos a analizar, esquemáticamente esta “suerte pascual” en las formas en que se encarna el siervo profético de Yahvé:

+ en los profetas personales: ejemplo elocuente de “la suerte de los profetas” es el profeta Jeremías y las palizas, tormentos, cárcel y exclusión que sufrió a lo largo de su vida, nos manifiesta que el profeta es una persona o un pueblo en conflicto. Jesús recogió y llevó a plenitud la suerte de los profetas. Refiriéndose a los dirigentes del pueblo de Israel, San Juan escribió con dolor: “vino a los suyos y los suyos no lo recibieron” (Jn 1,11). ¿Quién podría amar y expresar mejor el Reino de Dios, Reino de justicia y fraternidad que Jesús, el Señor? Aun así, Jesús fue amenazado, rechazado, condenado, ejecutado. Pero fue resucitado por el Padre, el cual aprobó su Camino. No tuvieron, ni tienen la última palabra en la historia, los Caifás, Pilatos, los injustos, sino Dios, nuestro Padre. Sin embargo, es dura la suerte de los profetas: por la Cruz a la Resurrección (Lc 24,25-27). El siervo sufriente, por llevar al culmen su entrega en la

prueba de persecuciones y rechazos, recibe una bienaventuranza especial en el Evangelio:

“Felices los que son perseguidos por causa del bien, porque de ellos es el Reino de los cielos. Dichosos ustedes cuando por causa mía los maldigan, los persigan y les levanten toda clase de calumnias. Alégrese y muéstrense contentos, porque será grande la recompensa que recibirán en el cielo. Pues bien saben que así trataron a los profetas que hubo antes que ustedes” (Mt 5,10-12).

En esta época tenemos profetas que siguen viviendo el camino y suerte de sus predecesores, como monseñor Romero y más recientemente monseñor Gerardi, en Guatemala. Y en México, por la defensa de los indígenas, monseñor Samuel Ruiz sufrió duro rechazo y represión por buena parte de las autoridades civiles y religiosas.

+ en las comunidades fermento: la propuesta acogedora de justicia y fraternidad de las primitivas comunidades cristianas, no sólo no fue recibida por los dirigentes del imperio romano, sino que procedieron a perseguir y martirizar a miles de cristianos. Sin embargo, en medio de tanto dolor, aquellos cristianos manifestaron que la sangre de los mártires era semilla de nuevos y más abundantes cristianos (Tertuliano). En el hoy, la propuesta de las CEBs de una sociedad fraterna y justa, de una Iglesia de los pobres, también ha sufrido diversos tipos de represión y rechazo por diversas autoridades ligadas a los poderosos. Sin embargo, de sus sufrimientos, en medio de dificultades, se sigue generando nueva vida. A la luz de la vida e historia del profetismo de los pobres, las CEBs no podían esperar “otra suerte” que la suerte pascual de los profetas.

+ en los pobres de la Tierra: ¡cuánto dolor y muerte antes de tiempo! Sobrecoge el saber por datos de la FAO (órgano de la ONU para las cuestiones referentes a la alimentación) que cada día mueren, a causa de una alimentación insuficiente, 40 mil personas, 30 millones por año. En verdad, mucho dolor y muerte prematura del siervo pobre. Sin embargo, delante del sufrimiento injusto y brutal inflingido a tantos inocentes, un buen grupo de personas de buena voluntad se convierten y se mueven a la compasión y al buscar hacer alguna cosa para frenar tal barbaridad. La “suerte” de los profetas es vivido por los pobres de la tierra. Lo vemos, por ejemplo, en la propuesta de los “sin tierra” del Brasil, para que se realice una reforma agraria en ese gran país. La respuesta es la negativa de los latifundistas, pues dicha propuesta, según ellos, afectaría la producción agrícola de la nación. O sea, que no hay lugar para los sin tierra. No hay tierra para ellos. Con su decisión se les está diciendo que su suerte es sufrir y morir. La misma suerte sufren los pobres unidos en la organización de los “sin techo”. Para ellos no hay acogida, no existe un techo, una habitación digna para ellos en este planeta Tierra. Viven “la suerte” de los profetas, porque son los profetas de Dios ante el sistema antifraterno actual. Así mismo, las justas demandas de los pueblos indígenas, como es el caso de nuestros hermanos y hermanas indígenas de Chiapas, que enfrentan continuo rechazo, represión, marginación. Se unen a ellos, millones de pobres que tienen que migrar, y ante sus justas demandas de un trato digno y respeto a los derechos humanos, sufren hostigamiento y malos tratos por las autoridades en todos sus niveles. Sin embargo, tanto dolor y sufrimiento tendrán fin. Un día, desde los pobres de la Tierra, por la fuerza de su Espíritu, el Señor dará paso a un nuevo tiempo, a una nueva tierra, donde el pan se compartirá a todos, fraternalmente y donde reinará la justicia, la paz y el amor (Ap 21,1-4).

Conclusión: en verdad que Dios es bueno, que Dios es paciente, y que encarnado en Jesús y el pueblo pobre, siervo pobre y sufriente, sigue salvando al mundo. Dios ha elegido a los pobres, a los cuales ama y comulga con ellos entrañablemente, como sus profetas. Por el profetismo de los pobres, Dios sigue iluminando y formando la conciencia humana sobre su maravilloso proyecto fraterno del Reino, y desenmascarando lo que no favorece a los pobres y su justicia. Por el profetismo de los pobres, Dios sigue haciendo nuevo su proyecto de fraternidad universal, al elaborar y construir lo nuevo y esperanzador en la tierra, las nuevas alternativas sociales. En los pobres y su profetismo, Dios sigue sufriendo la suerte de los profetas. En verdad, en los pobres de la tierra, a lo largo de la historia, Dios sigue viviendo el profetismo del Siervo pobre, sufriente y resucitado.